

bastará para guardar todo lo que les habia dicho y conservarse en ello. Pues con esto tambien querria yo concluir este tratado, encomendando mucho á todos este exámen; porque él, con la gracia del Señor, bastará para poner por obra todos los demas avisos espirituales y remediar todas nuestras faltas. Si aflojáredes en la oracion, si os descuidáredes en la obediencia, si os desmandáredes en el hablar, si comenzáredes á cobrar un poco de libertad, luego con el exámen se atajará y remediará todo eso. El que hiciere cada dia este exámen de la conciencia bien hecho, puede hacer cuenta que trae consigo un ayo, y un maestro de novicios, y un superior, que cada dia y cada hora le está pidiendo cuenta y avisando de lo que ha de hacer, y reprendiendo en faltando en cualquier cosa. Dice el P. Maestro Avila: «no podrán durar mucho vuestras faltas si dura en vos este exámen, y este tomaros cuenta y reprenderos cada dia y cada hora (1).» Y si duran las faltas y al cabo de muchos dias, y por ventura años, os estais tan inmortificado y tan vivo y entero en vuestras pasiones como al principio, es porque no usais como debeis de estos medios que tenemos para nuestro aprovechamiento: porque si tomásedes de veras y muy á pechos el quitar una falta ó alcanzar una virtud, y anduviésedes con cuidado y diligencia en eso, proponiendo la enmienda tres veces al dia, por lo menos, á la mañana, á medio dia y á la noche, y confiriendo cada dia las faltas de la tarde con las de la mañana, y las de hoy con las de ayer, y las de esta semana con las de la pasada, arrepintiéndoos y confundiéndoos tantas veces de haber caido, y pidiendo favor á nuestro Señor y á los Santos para enmendaros, ¿es posible que alcabo de tanto tiempo no habríades salido con algo? Pero

(1) M. Ávila, *Audi filia*, cap. 62.

si uno se va al exámen por costumbre y por cumplimiento, sin tener verdadero dolor de sus culpas, y sin hacer propósitos firmes de enmendarse, ese no es exámen, sino ceremonia y entretenimiento. De ahí es, que los mismos siniestros y los mismos malos hábitos é inclinaciones que trajo uno del siglo se tiene despues de muchos años: si era soberbio, soberbio se es ahora; si era impaciente y airado, el mismo se es ahora; si tenia palabras ásperas y mortificativas, tambien las tiene ahora; tan mal acondicionado se está ahora, como el primer dia, tan voluntarioso, tan apetitoso, tan amigo de sus comodidades; y aun plegue á Dios que en lugar de aprovechar y crecer en virtud no haya crecido en algunos la mala condicion, y que con la antigüedad no haya crecido la libertad, y que habiendo de ser mas humildes, tengan mas presuncion y caigan en aquella perversion que dice San Bernardo: «Muchos hay que allá en el mundo no se hiciera caso de ellos, y acá quieren ser estimados: y que allá no tuvieran lo necesario, y acá buscan el regalo (1).»

De lo dicho se verá tambien cuán mala excusa es la que dan algunos de sus faltas, diciendo sea aquella su condicion; antes esto es digno de mayor reprehension, que habiendo uno que tiene esa ú otra mala condicion, y debiendo de haber puesto todo su cuidado y diligencia en fortificar esa parte flaca para no perderse por ahí, se esté al cabo de tanto tiempo tan vivo y tan entero como el primer dia.

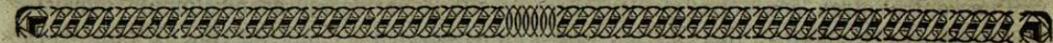
Pues vuelva sobre sí el que trata de servir á Dios, que con todos hablamos aquí, y comience como de nuevo, procurando de aqui en adelante hacer el exámen de la con-

(1) Quodque perversum est, plerique in domo Dei non patiuntur haberi contemptui, qui in sua non nisi contemptibiles esse potuerunt. *Bernard. super Missus est.*

ciencia bien hecho, de manera que se le eche de ver el fruto. Hombres somos y faltas tenemos y tendremos mientras se stuviéremos en esta vida; pero habemos de procurar con el exámen tres cosas: la primera, que si eran muchas las faltas, de aqui adelante sean pocas; la segunda, que si eran grandes, sean menores; la tercera, que no sean siempre unas mismas, porque el reiterar muchas veces una misma falta arguye gran descuido y negligencia.

Cuenta Evagrio, en un libro que hace de la conversacion y ejercicios corporales de los monges, de un santo monge que decia: «no sé que en una misma culpa me hayan enlazado dos veces los demonios (1).» Este hacia bien el exámen de la conciencia; esté se arrepentia de veras y hacia firmes propósitos de enmendarse. Pues de esta manera lo habemos de hacer nosotros. Por es-

te medio llevó Dios á nuestro bienaventurado P. S. Ignacio y le subió á tanta perfeccion. Leemos en su vida (1) una cosa notable y muy particular, que comparando el dia de ayer con el de hoy, y el provecho presente con el pasado, cada dia hallaba haber aprovechado mas y ganado tierra, ó por mejor decir, cielo; en tanto grado, que en su vejez vino á decir que aquel estado que tuvo en Manresa (al cual en tiempo de los estudios solia llamar su primitiva Iglesia) habia sido como su noviciado, y cada dia iba Dios en su alma hermoheando y poniendo con sus colores en perfeccion el dibujo de que en Manresa no habia hecho sino echar las primeras líneas. Pues usemos nosotros como debemos de este medio que el Señor tan particularmente nos ha dado, y tengamos gran confianza que por él nos llevará á la perfeccion que deseamos.



TRATADO OCTAVO.

De la conformidad con la voluntad de Dios.

CAPITULO I.

En que se ponen dos fundamentos principales.

«No se haga, Señor, como yo quiero, sino como vos quereis (2).» Para dos cosas, dicen los Santos, que bajó el Hijo de Dios del cielo y se vistió de nuestra carne ha-

ciéndose verdadero hombre: la una para redimirnos con su Sangre preciosa; la otra para enseñarnos con su doctrina el camino del cielo é instruirnos con su ejemplo, porque asi como no aprovechara saber el camino, si estuviéramos presos en la cárcel, asi, dice San Bernardo (2), no aprovechara

(1) Refertur in *Hist. Eccles.* p. 2, l. 6, c. 1.

(2) Non sicut ego volo, sed sicut tu. *Matth. XXVI, 39.*

(1) Lib. 5, c. 1, *vilae S. P. N. Ignatii.*
(2) *Bern. serm. 3 in circunc. Domini,*

sacarnos de la cárcel si no supiéramos el camino. Y como Dios era invisible, para que le viésemos y le pudiésemos seguir é imitar era menester que se hiciese visible y se vistiese de nuestra humanidad, como el pastor se viste de la zamarra, que es vestidura de la oveja, para que las ovejas le sigan viendo su semejanza. Y San Leon Papa dice: «Si no fuera verdadero Dios, no nos trajera el remedio; y si no fuera verdadero hombre, no nos diera ejemplo (1).» Lo uno y lo otro hizo él muy cumplidamente con el esceso de amor que tenia á los hombres. Asi como la Redencion fué muy copiosa (2), asi lo fué tambien la enseñanza; porque no fué solo con palabras, sino muy mas abundantemente con ejemplo de obras. «Empezó Jesus á hacer y á enseñar,» dice el Evangelista San Lucas (3): primero comenzó á obrar, y esto toda la vida, y despues á predicar los tres años postreros, ó los dos y medio.

Pues entre otras cosas que nos enseñó Cristo nuestro Redentor, una de las mas principales fué que tuviésemos entera conformidad con la voluntad de Dios en todas las cosas, y esto no solamente nos lo enseñó con palabras, cuando enseñándonos á orar, dijo: una de las cosas que habeis de pedir á vuestro Padre celestial es: «Hágase, Señor, vuestra voluntad en la tierra asi como se hace en el cielo (4).» Mas tambien con su ejemplo confirmó bien esta doctrina, porque á esto dice él que bajó del cielo á la tierra. «Descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la de mi Padre que me envió (5).» Y al tiempo de rematar el nego-

(1) Nisi enim esset verus Deus, non adferret remedium; nisi esset homo verus, non praeberet exemplum. *Leo P. I, serm. 1 de nativitat. Domini.*

(2) Et copiosa apud eum Redemptio. *Ps. CXXIX, 7.*

(3) Coepit Jesus facere et docere. *Act. I, 2.*

(4) Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra. *Math. VI, 10.*

(5) Descendi de coelo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus, qui misit me. *Joann. VI, 38.*

cio de nuestra Redencion el jueves de la cena, en aquella oracion del Huerto, aunque el cuerpo y el apetito sensitivo natural rehusaba la muerte; y asi, para mostrar que era verdadero hombre, dijo: «Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz (1);» pero la voluntad siempre estuvo muy pronta y muy deseosa de beber el cáliz que su Padre le enviaba. Y asi añadió luego: «empero no se haga, Señor, lo que yo quiero, sino lo que vos quereis.»

Para que llevemos esto de raiz y nos fundemos bien en esta conformidad, se han de suponer dos fundamentos breves, pero muy sustanciales, sobre los cuales, como sobre dos quicios, se ha de revolver todo este negocio. El primero es, que nuestro aprovechamiento y perfeccion consiste en esta conformidad con la voluntad de Dios; y cuanto esta fuere mayor y mas perfecta, tanto él será mayor. Este fundamento fácilmente se deja entender, porque cosa cierta es que la perfeccion esencialmente consiste en la caridad y amor de Dios; y tanto será uno mas perfecto, cuanto mas amare á Dios. Lleno está de esta doctrina el Sagrado Evangelio, llenas las Epístolas de San Pablo, llenos los libros de los Santos: «Este es el máximo y primer mandamiento (2).» «La caridad es lo sumo de la perfeccion (3).» «Lo mas alto y mas perfecto es la caridad y amor de Dios (4).» Pues lo mas alto y mas subido de ese amor de Dios, y como nata de él, es conformarse en todo con la voluntad de Dios, y tener un querer y no querer con Su Magestad en todas las cosas. Dice San Gerónimo (5), y lo trae del otro filósofo (6):

(1) Pater mi, si possibile est, transeat a me calix iste. *Math. XXVI, 29.*

(2) Hoc est maximum, et primum mandatum. *Math. XXII, 38.*

(3) Charitas est vinculum perfectionis. *Ad Coloss. III, 14.*

(4) Major autem horum est charitas. *I. ad Cor. XIII, 13.*

(5) Eadem velle, et eadem nolle, ea demum firma amicitia est. *Hier. Epist. ad Demetr.*

(6) Cic. de amicit.

«El tener un mismo querer y no querer con el amado, esa es la verdadera y firme amistad.» Luego cuanto uno estuviere mas conforme y mas unido con la voluntad de Dios, tanto será mejor y mas perfecto. Y mas, claro está que no hay cosa mejor ni mas perfecta que la voluntad de Dios: luego cuanto uno mas se uniere y conformare con la voluntad de Dios, tanto será mejor y mas perfecto, como argüia el filósofo: Si Dios es la cosa mas perfecta que hay, luego cuanto una cosa mas se asemejare y pareciere á Dios, tanto será mas perfecta.

El segundo fundamento es, que ninguna cosa puede acontecer ni suceder en el mundo, sino por voluntad y órden de Dios; siempre se ha de entender, escepta la culpa y el pecado, porque de eso no es causa, ni autor, ni lo puede ser; porque asi como repugna á la naturaleza del fuego enfriar, y á la del agua calentar, y á la del sol oscurecer, asi infinitamente mas repugna á la bondad inmensa de Dios amar la maldad. Y asi dijo el profeta A'acuc: «Señor, vuestros ojos son limpios para no ver el mal, y no podeis ver la maldad (1);» como decimos acá, «no le puede ver,» cuando queremos dar á entender el aborrecimiento que uno tiene á otro, asi dice que no puede Dios ver la maldad, por el odio y aborrecimiento grande que le tiene (2), dice David, y añade: «Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad (3).» Toda la Sagrada Escritura está llena de cuánto aborrece Dios el pecado: y asi no puede ser causa ni autor de él. Pero fuera de eso, todas las demas cosas y todos los trabajos y males de pena vienen por voluntad y órden de Dios. Este fundamento es tambien muy cier-

to. No hay fortuna en el mundo, como fingia el error de los gentiles. Los bienes que el mundo llama de fortuna, no los da la fortuna, que no la hay, sino solo Dios. Asi lo dice el Espiritu Santo por el Sábio: «Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas, Dios las dá (1).»

Y aunque estas cosas vengan por medio de otras causas segundas, mas cierto es que ninguna cosa se hace en esta gran república del mundo, sino por voluntad y órden de aquel Sumo Emperador que la gobierna. Ninguna cosa viene á caso respecto de Dios: todo viene registrado y colado por su mano. Contados tiene todos los huesos de vuestro cuerpo y todos los cabellos de vuestra cabeza, y ni uno solo os será quitado sin órden y voluntad suya. ¿Qué digo yo acerca de los hombres? Un pájaro no cae en el lazo, dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio (2), sin dispensacion y voluntad de Dios; que ni aun una hoja de un árbol se mueve sin su voluntad. Aun de las suertes dice el Sábio (3): «Aunque las suertes se sacan del seno ó cántaro, no penseis que salen á caso, que no salen sino con órden de la Divina Providencia que lo dispone y quiere así.» «Cayó la suerte sobre Matias,» dice la Escritura (4); pero no fué acaso que cayese la suerte sobre Matias, sino particular acuerdo y providencia de Dios que le quiso escoger para Apóstol suyo por aquella via.

Esta verdad, aun con sola la luz natural, la alcanzaron los buenos filósofos y dijeron que, aunque respecto de las causas segundas muchas cosas son acaso, pero respecto de la primera causa no son acaso, sino pre-

(1) Bona, et mala, vita, et mors, paupertas, et honestas, a Deo sunt. *Eccl. XI, 14.*

(2) Nonne duo passeret assere videntur, et unus ex illis non cadet super terram sine Patre vestro? *Math. X, 29.*

(3) Sortes mittuntur in sinum, sed a Domino temperantur. *Prov. XVI, 33.*

(4) Cecidit sors super Mathiam. *Act. I, 36.*

(1) Mundi sunt oculi tui, ne videas malum, et respicere ad iniquitatem non poteris. *Habac. II, 3.*

(2) Quoniam non Deus volens iniquitatem tu es. *Ps. V, 5.*

(3) Dilexisti justitiam, et odisti iniquitatem. *Ps. XLIV, 8.*

tendidas muy de propósito. Y ponen un ejemplo, como si un señor enviase á un criado á alguna parte á negocios, y enviase por otra parte otro criado al mismo lugar á otro negocio, sin saber el uno del otro, pretendiendo que allá se juntasen: el encontrarse estos dos criados, respecto de ellos es acaso; pero respecto del señor, que lo pretendió, no es acaso, sino pensado y pretendido muy de propósito. Asi acá, aunque respecto de los hombres acaezcan algunas cosas acaso, porque ellos no pretendieron aquello ni lo pensaron; pero respecto de Dios no fué acaso, sino con acuerdo y voluntad suya, que lo ordenó así para los fines secretos y ocultos que él sabe.

Lo que tenemos de sacar de estos dos fundamentos es la conclusion y tema que propusimos, que pues todas las cosas que nos suceden vienen de la mano de Dios, y toda nuestra perfeccion está en conformarnos con su voluntad, que las tomemos todas como venidas de su mano y nos conformemos en ellas con su santísima y divina voluntad. No habeis de tomar ninguna cosa como venida acaso, ó por industria y trazas de los hombres, porque eso es lo que suele dar mucha pena y congoja; no penseis que os vino esto ó aquello porque el otro lo meneó, y que si no fuera por tal ó tal cosa de otra manera sucediera. No habeis de hacer caso de eso, sino tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios, por cualquier via ó por cualquier rodeo que vengan, porque él es el que las envia por esos medios.

Solia decir uno de aquellos famosos PP. del Yermo, que no podria el hombre tener verdadero descanso ni contento en esta vida, si no hiciere cuenta que en este mundo solamente está Dios y él. Y San Doroteo dice (1) que aquellos PP. antiguos tenian

(1) Doroth. doct. 7.

grande ejercicio de tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios, por pequeñas que fuesen, y de cualquiera manera que viniesen, y que con esto se conservaban en grande paz y quietud, y vivian una vida del cielo.

CAPITULO II.

En que se declara mas el segundo fundamento.

Es una verdad tan asentada en la Escritura divina que todos los trabajos y males de pena vienen de la mano de Dios, que no era menester detenernos en probarla, si el demonio con su astucia no procurara oscurecerla, porque de la otra verdad tambien cierta, que digimos, que es no ser Dios causa ni autor de pecado, infiere una conclusion falsa y mentirosa, haciendo creer á algunos que aunque los males que nos vienen por medio de causas naturales y criaturas irracionales, como la enfermedad, la hambre y esterilidad, vienen de mano de Dios, porque allí no hay pecado ni le puede haber en esas criaturas, porque no son capaces de él; pero que el mal y trabajo que sucede por culpa del hombre que me hirió, ó robó, ó deshonró, no viene de la mano de Dios, ni guiado por su orden y providencia, sino por la malicia y dañada voluntad del otro; el cual es un error muy grande. Dice muy bien San Doroteo, reprendiendo esto y á los que no toman las cosas como venidas de la mano de Dios: «Hay algunos que, cuando otro dice alguna palabra contra ellos ó les hace algun otro mal, olvidados de Dios, toda su saña convierten contra el prójimo, imitando á los perros que muerden la piedra, ó no miran ni tienen cuenta con la mano que la tiró (1).»

(1) Nos vero cum verbum ullum in nos dictum audimus, canes imitamur: hi enim si quis in eos lapidem jecerit, jaciente dimisso, lapidem remordent. Ita nos, Deo relicto, qui nobis tribulationes hujusce-

Para desterrar este error y que vamos bien fundados en la verdad católica, notan los teólogos que en el pecado que hace el hombre concurren dos cosas: la una, el movimiento y acto exterior; la otra, el desorden de la voluntad con que se aparta de lo que Dios manda: de la primera, es autor Dios; de la segunda, el hombre. Pongamos caso que un hombre riñe con otro y le mata; para matarle, tuvo necesidad de echar mano á la espada, levantar y menear el brazo, tirar el golpe y hacer otros movimientos naturales, que se pueden considerar por sí, sin el desorden de la voluntad del hombre que los hizo para matar á otro: de todos estos movimientos, en sí considerados, es causa Dios, y él los hace como hace todos los otros efectos de las criaturas irracionales; porque asi como ellas no se pueden menear ni obrar sin Dios, asi tampoco, sin él, no pudiera el tal hombre menear el brazo, ni echar mano á la espada; y demás de esto, aquellos actos naturales, de sí no son malos, porque si el hombre usa de ellos para su necesaria defensa, ó en guerra justa, ó como ministro de justicia, y matase á otro, no pecaría. Pero de la culpa, que es el defecto y desorden de la voluntad con que el malo hace la injuria, de aquella desviacion de la razon y torcimiento de ella, no es causa Dios, aunque la permite, porque pudiéndola impedir, no la impide por sus justos juicios. Declaran esto con una comparacion. Tiene un hombre una herida en el pie y anda con él cojeando; la causa de que ande con el pie, es la virtud y fuerza motiva del alma; mas del cojear, la causa es la herida y no la virtud del alma. Asi en la obra que uno hace pecando, la causa de la obra es Dios;

mas que falte y peque obrando, es del libre alvedrio del hombre.

De manera, que aunque Dios no es, ni puede ser causa, ni autor del pecado; pero tenemos de tener por cierto que todos los males de pena, ahora vengan por medio de causas naturales y de criaturas irracionales, ahora vengan por medio de criaturas racionales, por cualquier via y de cualquier manera que vengan, vienen de la mano de Dios y por su dispensacion y providencia. Dios es el que meneó la mano del que os lastimó, y la lengua del que os dijo la palabra afrentosa. «¿Por ventura hay en la ciudad mal alguno que el Señor no haya hecho?» dice el Profeta Amós (1), y está llena la Sagrada Escritura de esta verdad, atribuyendo á Dios el mal que un hombre hizo á otro, y diciendo que Dios es el que hizo aquello.

En el segundo Libro de los Reyes, en aquel castigo con que castigó Dios á David por medio de su hijo Absalon, por el pecado de adulterio y homicidio que cometió, dice Dios que él lo habia de hacer (2). Y de aquí es tambien, que los reyes impíos, que por su soberbia y crueldad ejecutaban atrocísimos castigos en el pueblo de Dios, los llamaba la Escritura instrumentos de la Justicia Divina. «Ay de Asur, vara de mi furor (3).» Y de Giro, rey de los persas, por quien habia el Señor de castigar los caldeos, dice «cuya diestra yo tengo de menear (4).» Dice muy bien San Agustin á este propósito (5): háse Dios con nosotros,

(1) Si erit malum in civitate, quod Dominus non fecerit. Amos. III, 6.

(2) Ecce ego suscitabo super te malum de domo tua, et tollam uxores tuas in oculis tuis, et dabo proximo tuo; tu enim fecisti abscondite, ego autem faciam verbum istud in conspectu omnis Israel, et in conspectu solis. II. Reg. XII, 11.

(3) Vae Assur, virga furoris mei. Isai. X, 5.

(4) Cujus apprehendi dexteram. Isai. XLV, 1.

(5) Impietas eorum tanquam securis Dei facta est: facti sunt instrumentum irati, non regnum placenti. Facit hoc enim Deus, quod plerumque facit et homo.

modi ad peccatorum nostrorum purgationem procurat, ad lapidem, hoc est, ad proximum, currimus. Doroteus, doct. 7.

como se suele haber acá un padre que, enojado con su hijo, toma un palo que halló por ahí, y castiga con él al hijo, y despues al palo échale en el fuego y al hijo hácele heredero de todos sus bienes. De esa manera, dice el Santo, suele tambien el Señor tomar á los malos por instrumento y azote para castigar á los buenos.

En las historias eclesiásticas leemos (1) que en la destruccion de Jerusalem, cómo Tito, capitán de los romanos, paseándose alrededor de la ciudad, viese las cabas llenas de calaveras y cuerpos muertos, y que toda la comarca se inficionaba por su hedor, levantó los ojos al cielo con gran voz y puso á Dios por testigo que él no era en que tan grande estrago se hiciese. Y cuando aquel bárbaro Alarico iba á saquear y destruir á Roma, le salió al encuentro un venerable monje, y le dijo (2) que no quisiese ser causa de tantos males como en aquella jornada se cometian. Y él respondió: «No voy yo por mi voluntad á Roma; mas una persona me combate cada día y me atormenta, diciéndome: «Vé á Roma, y destruye la ciudad.» De manera, que todas estas cosas vienen de mano de Dios y por orden y voluntad suya. Y así el Real Profeta David, cuando Semeí le maldecia y le tiraba piedras y polvo, dijo á los que le querian vengar de él: «Dejadle, que el Señor le mandó que me maldijese (3);» quiere decir: el Señor le ha tomado por instrumento para afligirme y castigarme.

Pero ¿qué mucho es reconocer á los hombres por instrumentos de la justicia y

Aliquando iratus homo apprehendit virgam jacentem in medio, fortasse quaecumque sarmentum, caedit inde filium suum, ac deinde projicit sarmentum in ignem, et filio servat haereditatem: sic aliquando Deus per malos erudit bonos. *August. sup. Ps. 73.*

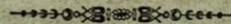
(1) *Histor. Eccles. p. 1, lib. 3, c. 1.*
(2) *Histor. Eccles. p. 2, lib. 9, c. 2.*
(3) *Dominus praecepit ei, ut malediceret David; et quis est, qui audeat dicere, quare sic fecerit? II. Reg. XVI, 10.*

providencia divina, pues que lo son los mismos demonios, obstinados y empedernidos en su malicia y ansiosos de nuestra perdicion? Nótao esto maravillosamente San Gregorio (4) sobre aquello que dice la Escritura en el primero Libro de los Reyes: «Un espíritu malo del Señor atormentaba á Saul (2).» El mismo espíritu se llama espíritu del Señor, y espíritu malo; malo, por el deseo de su mala voluntad; y del Señor, para dar á entender que era enviado de Dios para dar aquel tormento á Saul, y que Dios lo obraba por él. Y así lo declara allí en el mismo texto, diciendo: «Lo atormentaba un mal espíritu del Señor (3).» Y por la misma razon, dice el Santo (4) que los demonios que atribulan y persiguen á los justos, los llama la Escritura ladrones de Dios; ladrones, por la mala voluntad que tienen de hacernos mal; y de Dios, para darnos á entender que el poder que tienen para hacer mal, lo tienen de Dios.

Y así pondera muy bien San Agustín: «No dijo el Santo Job (5): el Señor me lo dió, y el demonio me lo quitó,» sino todo lo refirió luego á Dios, y así dijo: «El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó,» porque sabia muy bien que el demonio no puede hacer mas mal de lo que le es permitido por Dios (6). Y prosigue el Santo: «Ninguno diga: el demonio me hizo este mal,» atribuid á Dios vuestro trabajo y azote, porque el demonio no puede hacer nada, ni tocaros al pelo de la ropa, si Dios no le dá licencia para ello (7).» Aun en los

(1) *Greg., lib. 18 Moral. c. 3.*
(2) *Spiritus Domini malus arripiebat Saul. I. Reg. XVI, 23.*
(3) *Exagitabat eum spiritus nequam a Domino. I. Reg. XVI, 14.*
(4) *Greg. lib. 14, Mor. c. 18.*
(5) *Job. 1, 21.*
(6) *Non dixit Job: Dominus dedit, diabolus abstulit. August. in Ps. XXXI.*
(7) *Prorsus ad Deum tuum refer flagellum tuum, quia nec diabolus tibi aliquid facit, nisi ille permittat, qui desuper habet potestatem. Aug. ib.*

puercos de los gerasenos no pudieron entrar los demonios sin pedir primero licencia á Cristo nuestro Redentor, como cuenta el Sagrado Evangelio (1). ¿Cómo os tocarán á vos, ni os podrán tentar, sin licencia de Dios? El que no pudo tocar á los puercos, ¿cómo tocará á los hijos?



CAPITULO III.

De los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios.

El bienaventurado San Basilio dice que la suma de la santidad y perfeccion de la vida cristiana consiste en atribuir las causas de todas las cosas, así grandes como pequeñas, á Dios y conformarnos en ellas con su santísima voluntad. Pero para que entendamos mejor la perfeccion é importancia de esto, y así nos aficionemos mas á ello y lo procuremos con mayor cuidado, iremos declarando en particular los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios. Cuanto á lo primero, esta es aquella resignacion verdadera y perfecta que tanto engrandecen los Santos y todos los maestros de la vida espiritual, y dicen que es raiz y principio de toda nuestra paz y quietud, porque de tal manera sujeta y pone un hombre en las manos de Dios, como un poco de barro en manos del artífice para que haga de él todo lo que quisiere, no queriendo ya ser mas suyo ni vivir para sí, ni comer, ni dormir, ni trabajar para sí, sino todo por Dios y para Dios. Pues eso hace esta conformidad, porque con ella se entrega uno del todo á la voluntad de Dios, de tal manera, que no desea ni procura otra cosa, sino que en él se cumpla perfectamente la divina voluntad, así en aquello que el mismo hombre ha de hacer como en todo lo que le

(1) *Matth. VIII, 3.*

puede acontecer, y así en las cosas prósperas y de consuelo como en las adversas y trabajosas. Lo cual agrada tanto á Dios, que por esto el rey David fué llamado de Dios, «varon segun su corazon (1),» porque tenia su corazon tan rendido y sujeto al corazon del Señor, y tan pronto y dispuesto para cualquier cosa que él quisiese imprimir en él de trabajo ó alivio como está una cera blanda para recibir cualquiera figura ó forma que le quisieren dar, que por eso dijo él una y otra vez: «Dispuesto está mi corazon, Dios mio, dispuesto y preparado está (2).»

Lo segundo, el que tuviere esta conformidad entera y perfecta con la voluntad de Dios, habrá alcanzado entera y perfecta mortificacion de todas sus pasiones y malas inclinaciones. Bien sabemos cuán necesaria es esta mortificacion y cuán alabada y encomendada de los Santos y de la Sagrada Escritura; pues esa mortificacion es un medio que necesariamente se ha de presuponer para venir á alcanzar esta conformidad con la voluntad de Dios. De manera que esta es el fin y la mortificacion es medio para alcanzarle; y el fin principal siempre suele ser mas alto y mas perfecto que el medio. Que la mortificacion sea medio necesario para venir á alcanzar esta union y conformidad entera y perfecta con la voluntad de Dios, bien se vé, porque lo que nos impide esta union y conformidad es nuestra propia voluntad y apetito desordenado; y así, cuanto uno mas negare y mortificare su voluntad y apetito, tanto mas fácilmente se unirá y conformará con la voluntad de Dios. Para unir y ajustar un palo basto con otro muy labrado y pulido, es menester labrarle y desbastarle primero;

(1) *Inveni virum secundum cor meum, qui faciet omnes voluntates meas. I. Reg. XIII, 13 et Act. XIII, 22.*
(2) *Paratum cor meum Deus, paratum cor meum. Ps. LVI, 8; et Ps. CVII, 1.*

porque, sino, no se podrá unir ni juntar bien con él. Pues eso hace la mortificación; vános desbastando, acepillando y labrando para que así nos podamos unir y ajustar con Dios, conformándonos en todo con su divina voluntad; y así, cuanto uno mas se fuere mortificando, tanto mas se irá uniendo y ajustando con la voluntad de Dios; y cuando uno estuviere perfectamente mortificado, llegará á esta perfecta union y conformidad.

De aquí se sigue otra cosa, que puede ser la tercera, que esta resignacion y conformidad entera con la voluntad de Dios, es el mayor y mas acepto y agradable sacrificio que el hombre puede ofrecer de sí á Dios; porque en los otros sacrificios ofrécele sus cosas, mas en este ofrécese á sí mismo; en los otros sacrificios y mortificaciones, mortificase uno en parte, en la templanza ó en la modestia, en el silencio ó en la paciencia, ofrece á Dios parte de sí; pero este es un holocausto en el cual se ofrece uno enteramente y del todo á Dios para que haga de él todo lo que quisiere y cuando quisiere, sin exceptuar ni sacar cosa alguna, ni reservar nada para sí; y así, cuanto vá del hombre á las cosas del hombre, y cuanto va del todo á la parte, tanto vá de este sacrificio á los demas sacrificios y mortificaciones.

Y estima Dios esto en tanto, que eso es lo que él quiere y pide de nosotros: "Hijo, dame tu corazon (1)." Así como el azor real no se ceba sino de corazones, así Dios, lo que mas aprecia y estima es el corazon, y si ese no le dais, con ninguna otra cosa le podreis contentar ni satisfacer. Y no nos pide mucho en pedirnos esto, porque si á nosotros, que somos un poco de polvo y ceniza, no nos basta á hartar ni contentar todo cuanto Dios tiene criado, ni estará satisfe-

(1) Pracho, III ml, cor tuorum. Prov, XXIII, 26.

cho este nuestro pequenuelo corazon con menos que Dios; ¿cómo pensais vos contentar y satisfacer á Dios, dándole aun no todo vuestro corazon, sino parte de él y reservando parte para vos? Muy engañado estais, que no es nuestro corazon para poderle dividir ni repartir de esa manera: "Cama pequeña y estrecha es el corazon," dice el Profeta Isaías (1); no cabe en él mas que Dios, y por eso (2) le llama la Esposa camilla pequeña, diciendo: "En mi camilla busqué todas las noches al que amaba mi alma (3)," porque tenia su corazon estrechado de tal manera que en él no cabia otro que su Esposo. Y el que quisiere estender y dilatar su corazon para dar en él lugar á otro, echará á Dios de él. Y de eso se queja Su Magestad por Isaías: "Adulterado habeis, recibiendo en la cama de vuestro corazon á otro que á vuestro Esposo, y por cubrir al adúltero descubriste y echais fuera á Dios (4)." Mil corazones que tuviéramos los habíamos de ofrecer á Dios, y todo nos ha de parecer poco para lo que debemos á tan gran Señor.

Lo cuarto, como deciamos al principio (5), quien tuviere esta conformidad, tendrá perfecta caridad y amor de Dios, y cuanto mas creciere en ella, tanto mas irá creciendo en amor de Dios, y consiguientemente en la perfeccion que consiste en esa caridad y amor. Lo cual, fuera de lo dicho, se colige bien de lo que acabamos de decir, porque el amor de Dios no consiste en palabras sino en obras, dice San Gregorio: «La prueba del verdadero amor son las

(1) Coangustatum est enim stratum, ita ut alter decidat, et pallium breve utrumque operire non potest. *Isai. XXVIII, 20.*

(2) Gilbert. Abbas, *serm. 2, in Cantica, apud Bernardum.*

(3) In lectulo meo per noctes quaesivi quem diligit anima mea. *Cant. III, 1.*

(4) Quia juxta me discooperuisti, et suscepisti adulterum, dilatasti cubile tuum, et pepigisti cum eis fœdus. *Isai. LVII, 8.*

(5) Cap. I.

obras (1). Y cuanto las obras son mas dificultosas y nos cuestan mas, tanto mas manifiestan el amor. Y así el Apóstol y Evangelista San Juan, queriendo declarar así el amor grande que Dios tuvo al mundo como el amor grande que Cristo nuestro Redentor tenia á su Padre Eterno, de lo primero dice: "Fué tan grande el amor que Dios tuvo al hombre, que nos dió á su Unigénito Hijo (2)," para que padeciese y muriese por nosotros, Y de lo segundo, dice el mismo Cristo: "Para que conozca el mundo que amo á mi Padre, levantaos y vamos de aquí (3)": el negocio á que iba era á padecer muerte de cruz. En eso mostró y dió testimonio al mundo que amaba á su Padre, en que cumplia su mandamiento tan riguroso. De manera que en las obras se muestra el amor, y tanto mas cuanto las obras son mayores y mas trabajosas. Pues esta conformidad entera con la voluntad de Dios, como habemos dicho, es el mayor sacrificio que podemos hacer á Dios de nosotros, porque presupone una perfectísima mortificación y resignacion, con la cual se ofrece uno á Dios y se pone uno en sus manos para que haga de él lo que quisiere. Y así no hay cosa en que mas muestre uno el amor que tiene á Dios que en esto, pues le dá y ofrece todo lo que tiene y todo lo que podia tener y desear, y si mas tuviera y pudiera, todo se lo diera.

CAPITULO IV.

Que esta perfecta conformidad con la voluntad de Dios es una felicidad y bienaventuranza en la tierra.

El que llegare á tener esta conformidad

(1) Probatio dilectionis, exhibitio est operis. *Greg. hom. 30 in Evang.*

(2) Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. *Joann. III, 16.*

(3) Ut canoseat mundus, quia diligo Patrem, et sicut mandatum dedit mihi Pater, sic feci, surgito, *eamus hinc. Joann. XIV, 31.*

entera con la voluntad de Dios tomando todas las cosas que sucedieren como venidas de su mano y conformándose en ellas con su santísima y divina voluntad, habrá alcanzado una felicidad y bienaventuranza acá en la tierra, gozará de una paz y tranquilidad muy grande, tendrá siempre un gozo y alegría perpétua en su alma, que es la felicidad y bienaventuranza de que gozan acá los grandes siervos de Dios. Porque, como dice el Apóstol: "No está la bienaventuranza de esta vida en comer, y beber, y darse á pasatiempos y deleites sensuales, sino en la justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo (1)." Este es el reino del cielo en la tierra, y el paraíso de deleites de que podemos acá gozar. Y con razon se llama esta bienaventuranza, pues nos hace en cierta manera semejantes á los bienaventurados; porque así como allá en el cielo no hay mudanzas ni vaivenes, sino siempre permanecen los bienaventurados en un ser, gozando de Dios, así acá los que han llegado á esta entera y perfecta conformidad, que todo su contento es el contento y voluntad de Dios, no se inquietan, ni turban con las mudanzas de esta vida, ni con los varios sucesos que acontecen; porque está su voluntad y corazon tan unido y conforme con la divina voluntad, que el ver que todo aquello viene de su mano y que se cumple en ello con la voluntad y contento de Dios, hace que los trabajos se les conviertan en gozos y los desconuelos en alegría, porque mas quieren y aman la voluntad de su amado que la suya. Y así, á estos tales no hay cosa que les pueda perturbar; porque si lo que les podia turbar y dar pena, que son los trabajos, adversidades y deshonras, toman ellos por

(1) Non est regnum Dei esca, et potus, sed justitia, et pax, et gaudium in Spiritu Sancto. *Ad Rom. XVII, 14.*